

Ojos que no ven, corazón que no siente.

Era un jueves, exactamente un 5 de marzo. Estaba con mis amigas en el restaurante situado debajo de mi casa para celebrar mi cumpleaños y, en ese preciso momento, se congelaron las horas, los minutos y los segundos porque mi corazón latía al ritmo de tus miradas. Fue ahí cuando supe que existía el amor a primera vista.

Siempre supe que el amor está hecho de rosas y de espinas, pero que el olor que desprenden sería capaz de recorrer todo mi cuerpo hasta hacerme temblar de la emoción por saber que estás conmigo, a mi lado.

Todo fue muy rápido, seis meses después de empezar nuestra relación me propusiste matrimonio y no dudé mi respuesta porque pensaba que tenía en frente de mí al hombre de mi vida, ¡qué ilusa!, pero tan solo tenía dieciocho años y podía más la ilusión y la inexperiencia que tu madurez.

Nos casamos un 20 de diciembre, te desentendiste completamente de los preparativos de nuestra boda y de la mudanza al nuevo hogar, en donde formaríamos una familia para empezar un futuro. Nunca le di importancia, pensaba que las mujeres eran quienes debían encargarse de esas cosas, hasta que volvimos de la luna de miel y me di cuenta de que cada vez nuestra distancia era mayor. Pasamos así 20 años de nuestras vidas, en donde tú te levantabas a las 7 de la mañana para ir a trabajar y yo a las 6 y media para prepararte el desayuno y plancharte el uniforme.

Mi vida se resumía en ti, solamente en ti, tú eras la luz a través de la que miraban mis ojos empañados por las lágrimas de la infelicidad. Pensaba que con mi amor bastaba para poder ser felices los dos, ya que a pesar de todos tus desprecios mi único propósito era hacerte dichoso y que nunca tuvieras quejas para dejarme. Ahora es cuando me doy cuenta de lo equivocada que estuve todo este tiempo, porque el amor es cosa de dos y no basta que una sola persona lo dé todo, así no funcionan las cosas.

El frío del invierno cada vez que salía al balcón ayudaba a sanar mis heridas, ya profundas y cada vez menos aparentes. Nuestros hijos pensaban que tenían un hogar perfecto, con una madre y un padre inmejorables, pero jamás imaginarían lo lejos que estaban de la realidad. Durante el día todo brillaba, y al caer la noche es cuando estaba en mi mundo, un mundo lleno de sombras y de oscuridad. Nunca me atreví a alejarme por miedo, no quería que nadie sufriera por mi abandono, pues a pesar de tener un marido y tres hijos me sentía sola, nunca tenía la compañía que necesitaba porque todos estabais a vuestra vida, sin mí.

Un día cualquiera de semana, bajé a comprar el pan y conocí a Javier, un chico 15 años más joven que yo pero que sabía entenderme y darme el cariño que necesitaba. Fue así que me enamoré de él y supe entender el verdadero significado de la palabra

“amor”: comprensión, paz y felicidad. Abandoné la casa donde no era feliz para construir un mundo lleno de luz y armonía. Lo he conseguido durante los últimos años y ahora que me estoy yendo es que os escribo esta carta, hijos míos, para que algún día podáis entender los motivos que tuve para tomar esta decisión y sepáis cuál ha sido la verdadera historia de mi vida. Os querré por siempre.